

**Reflexiones acerca de la conformación de la identidad y la memoria desde
el patrimonio**

Yesica Mariana González

Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 97, La Plata

yesica_gonzalez@live.com.ar

Resumen

Las luchas por la apropiación y la resignificación del pasado se dan a través de los procesos de patrimonialización. Éstos suele ser llevados cabo por distintos grupos dentro de la sociedad, pero finalmente la “activación” queda en manos de aquellos que cuentan con el poder suficiente para hacerlo. Desde esta perspectiva, la construcción de la memoria, y su anclaje a través de referentes tangibles e intangibles, se constituye en un campo de lucha y de poder. El propósito de este artículo es, entonces, repensar los procesos y factores que inciden en la patrimonialización y su anclaje en la memoria.

Palabras clave: Identidad; Memoria; Patrimonio.

Abstract

The struggles for the appropriation and redefinition of the past are given through patrimonial processes. They usually carried out by different groups within society, but eventually the "activation" is left to those with enough power to do so. From this perspective, the construction of memory and its anchor through tangible and intangible referents becomes a field of struggle and power. The purpose of this article is rethink the processes and factors that influence the patrimonial and its anchorage in memory.

Keywords: Identity; Memory; Heritage.

“En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez”.

Borges, Jorge Luis (1944): Ficciones. Funes el memorioso.

La evocación y el recuerdo son actos humanos que nos ayudan a explicar nuestra vida, tanto a nivel individual como colectivo.

La memoria y el patrimonio son dos construcciones sociales, que designan una serie de contenidos que han experimentado cambios a lo largo del tiempo. El denominador común a estas variaciones, es que siempre las elaboraciones resultantes son producto de las disputas entre las distintas formas de poder vigentes en una sociedad dada, en un momento determinado, como forma de defensa de ciertos intereses muchas veces antagónicos.

De esa lucha por la apropiación, la resignificación y la interpretación del pasado y la memoria, surge la determinación de una serie de criterios que encuadran la selección y “activación” de referentes patrimoniales concretos, funcionales a los valores e ideología del grupo logra imponerse sobre los restantes. La posibilidad de instalar exitosamente estos referentes no garantiza el éxito absoluto de la tarea, puesto que las reinterpretaciones, adhesiones y consensos varían en grado de individuo a individuo.

Según Jöel Candau (2002), “Lo único que los miembros de un grupo o de una sociedad comparten realmente es lo que olvidaron de su pasado en común. Sin dudas, la memoria colectiva es más la suma de los olvidos que la suma de los recuerdos pues, ante todo y esencialmente, éstos son el resultado de una elaboración individual, en tanto que aquéllos tienen en común, precisamente, el haber sido olvidados. Por lo tanto, la sociedad se encuentra menos unida por sus recuerdos que por sus olvidos”. Con esta frase el autor pone de manifiesto dos aspectos inherentes al proceso de construcción de la memoria. Por un lado, la imposibilidad de la memoria total, entendida como la acumulación indiscriminada de información y datos que den cuenta del pasado de forma integral. Por el otro, las disputas que se producen sobre aquel material que ha sido rescatado del olvido, y que nunca podrá ser interpretado de forma unívoca y estática, así como también los acuerdos colectivos tácitos acerca de los olvidos, aquello que no es conveniente recordar. Las diversas elaboraciones que producen la memoria individual y la memoria colectiva se hallan atravesadas no sólo por las tensiones entre memoria, historia e identidad, sino también por un complejo entramado de intereses y poderes en pugna que luchan por sustentar su legitimidad, expresándola mediante

la activación patrimonial, buscando garantizar no sólo el consenso ideológico sobre la sociedad actual, sino también proyectando al futuro un legado seleccionado.

La construcción de la memoria y de referentes patrimoniales son actos de selección. Y esas son las elecciones a las que Ansaldi (2002) se refiere cuando afirma que: “quien controla el pasado, controla quiénes somos, es decir, controla nuestra identidad”. El nudo problemático sobre el que gira el control pasado se forma a través de las interacciones de los conceptos de memoria, patrimonio e identidad.

María Luz Endere (2009) señala que: “El Patrimonio está formado por aquellos bienes tangibles o intangibles que una comunidad, o al menos determinados sectores de ella, eligen proteger como testimonio del pasado y desean transmitir a las generaciones venideras. Por eso suele afirmarse que el patrimonio no es sino una construcción social que se hace desde el presente con una fuerte intencionalidad respecto de lo que se desea preservar”. Esta definición da cuenta de todos los elementos que constituyen el patrimonio: una dimensión simbólica, una dimensión material, y la presencia insoslayable del poder como instancia de control de los medios de reproducción de la cultura, marco de interpretación del patrimonio (Prats, 2004).

Antonio Limón Delgado (1999) cuestiona la clasificación en bienes objetuales (materiales) y bienes inmateriales, dado que argumenta que esta diferenciación no sólo alimenta una perspectiva economicista sobre el patrimonio, sino que resulta inexacta. Esto se fundamenta en que, en el primer caso, se hace referencia a objetos, mientras que en el segundo, se halla el plano de las acciones y las conductas tipificadas que dan sentido al referente material, siendo imposible separarlas. Una vez que se reconoce la posibilidad de que bienes de la esfera inmaterial puedan ser patrimoniales, si bien se lograría acabar con la visión economicista, la expansión del concepto aumenta su indefinición, por lo que resulta aún más complejo determinar qué constituirá patrimonio.

La intencionalidad está puesta tanto en la selección como en la significación posterior que se dé al conjunto de bienes y prácticas “activados”, que finalmente adquieren la condición de patrimonial (Prats, 2009). Con “activación” nos referimos al proceso por el cual, en base a

un “pool” de referentes simbólicos potencialmente patrimoniales, se realice una selección – repertorio patrimonial- y se los active mediante la exposición, y la creación de un discurso que les otorgue sentido. Estas acciones suelen ser atribuidas a la figura del “sujeto colectivo”, entidad anónima que sólo presta adhesión u oposición a la elaboración realizada por personas concretas que representan al poder político, tanto formal (generalmente) como informal. El autor considera que el poder económico rara vez entra en terreno de disputa patrimonial. Al respecto, otros especialistas señalan la presencia cada vez más insistente de la lógica de mercado y de los intereses privados en relación al patrimonio. Néstor García Canclini (1999) advierte que “el patrimonio está atravesado por la acción de tres tipos de agentes: el sector privado, el Estado y los movimientos sociales”. A lo que luego añade:

La acción privada respecto al patrimonio está regida, igual que en otros ámbitos, por las necesidades de acumulación económica y reproducción de la fuerza de trabajo. A menudo, esta tendencia lleva a la explotación indiscriminada del ambiente natural y urbano, la expansión voraz de la especulación inmobiliaria y el transporte privado, en detrimento de los bienes históricos y del interés mayoritario. Pero como no hay un solo tipo de capital, tampoco existe una sola estrategia privada respecto del patrimonio (Canclini, 1999).

Un ejemplo muy bien ilustrado es el que exponen Elena Belli y Ricardo Slavutsky (2005) sobre la Quebrada de Humahuaca y los descendientes de pueblos originarios que allí habitan. El fenómeno de la globalización ha impactado en regiones que antaño no eran consideradas con valor alguno, y que ahora son incluidas en un esquema de negocios vinculados al turismo, en el que la puesta en valor patrimonial de zonas con altos índices de marginalidad y pobreza produce efectos contradictorios para las comunidades locales. También García Canclini (1999) se expresó sobre esta situación, al afirmar que “Las contradicciones entre sus intereses (Sector privado, Estado y movimientos sociales) son más destructivas cuando no existen programas públicos que definan el sentido del patrimonio para toda la sociedad, regulen energicamente el desarrollo económico y establezcan un marco general”.

En este sentido, Prats (2004) explicita claramente cuáles son los criterios que se han utilizado desde el romanticismo para determinar qué puede ser patrimonio y qué no. El primero de ellos es la naturaleza, sujeta a leyes propias que exceden el control del ser humano. El segundo es la historia, el pasado y los hombres que vivieron en él, cuya sombra alcanza el presente, pero no a la inversa, lo que lo vuelve misterioso y hasta épico. El tercero es la inspiración creativa, entendida como el genio excepcional que transgrede las normas de una época de modo visionario. Estos criterios tienen en común el hecho de estar fuera de toda posibilidad de control social, contando con una fuerza extracultural que otorga un carácter prácticamente sacro a los referentes que puedan reunir la mayor cantidad de condiciones, o al menos una de ellas, a los efectos de erigirse con una autoridad absoluta, difícilmente cuestionable.

Inicialmente, y en el contexto del romanticismo, el patrimonio fue puesto al servicio de la construcción de las identidades nacionales, en la fase de creación de los Estados nacionales actuales. Durante este período se entendía al patrimonio como un conjunto de piezas, generalmente dotadas de rareza, que de un modo u otro servían para la identificación de un ser nacional en construcción. El lugar por excelencia para la exhibición del patrimonio era el museo, caracterizado como reservorio de todos aquellos bienes que el Estado debía preservar para las generaciones presentes, y fundamentalmente para las futuras. Un ejemplo paradigmático del patrimonio en esta etapa fueron los monumentos que reforzaban la construcción del relato de la historia nacional, donde son visibles los criterios a los que se refiere Prats. En Argentina, es la época en la que se construyen edificios como el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, dedicado a la historia natural, cuyo edificio fue a su vez reconocido como Monumento Histórico Nacional en 1997.

La selección del patrimonio a preservar no estuvo exenta de conflictos. Distintas posturas en el caso argentino, indigenismo, hispanismo y nacionalismo propusieron la preservación de ciertos aspectos del pasado en detrimento de otros. A pesar del replanteo en torno a este tema que conlleva el tránsito por la era global, y la adopción de posturas crecientemente pluralistas, las pugnas en la selección del patrimonio y de una forma de contar la historia siguen en boga. De hecho, sigue siendo ésta una de las cuestiones más polémicas, dado que a partir de la década del 60 el concepto de patrimonio se ha ampliado progresivamente hasta llegar a

incluir manifestaciones de diverso tipo, que exceden con creces los cánones establecidos en el siglo XIX. Esa diversificación ha complejizado aún más las relaciones entre patrimonio y memoria.

Julio Aróstegui (2004) explica que “Si la memoria y la historia llegan a presentarse como correlativas y secuenciadas es porque ambas son una manifestación de la experiencia humana. La experiencia vivida es la acumulada en la memoria, y la historia es su explicitación permanente y pública”. La memoria ha devenido en uno de los componentes más significativos de la cultura de nuestro tiempo, como preámbulo o como derivación de diversos reclamos por la identidad en tanto reivindicación social.

Como señala Jelin (2001), no puede hablarse de una memoria en singular, sino de la construcción y articulación de memorias, en plural. El proceso de construcción de la memoria es a la vez individual y colectivo. Los significados que podemos atribuir a hechos o procesos de índole personal están fuertemente mediados por la significación social y cultural que somos capaces de atribuirles. El concepto de “cadres” introducido por Maurice Halbwachs es esclarecedor a este respecto, dado que según él, “sólo podemos recordar cuando es posible recuperar la posición de los acontecimientos pasados en los marcos de la memoria colectiva [...] El olvido se explica por la desaparición de estos marcos o parte de ellos [...] (1992). Además de ofrecer una explicación coherente acerca de la relación entre individuo y sociedad en el proceso de construcción y resignificación de la memoria individual y colectiva, también pone el foco sobre una parte constitutiva de la memoria: el olvido.

Así, como es posible crear ciertos niveles de consenso acerca de lo que es dable recordar para dar identidad a una sociedad determinada, también existen acuerdos (muchas veces tácitos) acerca de qué es mejor olvidar. Los quiebres en la narrativa histórica en los que se evidencian los olvidos, aparecen muchas veces como silencios, o como simples “huecos” que no pueden ser explicados por palabras (Vinyes, 2009), y por lo tanto, ven limitada su capacidad de transmisión, principio fundamental para la construcción de la memoria.

Partiendo desde el supuesto de que “toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo” (Jelin, 2001) la selección de los bienes y prácticas que serán patrimonializadas está

fuertemente relacionada con las tensiones existentes dentro del proceso de construcción de la memoria colectiva.

La memoria requiere para su reconstrucción la selección de una serie de elementos patrimoniales a los que sea capaz de dar sentido y que a su vez legitimen sus aspiraciones presentes y futuras, respaldando su devenir, y proyectándola al futuro. Es, a su vez, La memoria es la que puede dotar de significado a los exponentes patrimoniales, dado que en ella se articulan los elementos culturales con los que construye su identidad una sociedad. O, al menos, el grupo que la representa.

Como expresa Prats (2004), refiriéndose a la selección de los bienes y prácticas patrimoniales que sustentarán el relato histórico que decida elaborarse: “los repertorios son activados (en principio) por versiones ideológicas de la identidad. La identidad (...) es también una construcción social y un hecho dinámico, aunque con un razonable nivel de fijación y perduración, y que toda formulación de la identidad es únicamente una versión de esa identidad, un contenido otorgado a determinada etiqueta”. La recuperación y reconstrucción del pasado siempre responde a una determinada versión de la identidad, y los usos que se hagan de esa recuperación varían de acuerdo a los intereses que defienda quien detente el poder de activación de esos pasados. Al respecto, señala más adelante “La sociedad puede adherir y/u otorgar (u oponerse y denegar) consensuar una representación, una imagen, un discurso... y siempre en grado y forma variable según los individuos; pero esta representación, esta imagen, este discurso, han sido elaborados por alguien concreto, con nombres y apellidos, y al servicio, más o menos consciente, de ideas, valores e intereses concretos, tan legítimos o tan espúreos como se quiera, pero reales”.

En este sentido, es también destacable la posición planteada por Eric Hobsbawm (2002) “La invención de tradiciones [...] es fundamentalmente un proceso de formalización y de ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque sólo sea mediante la imposición de reiteración”, refiriéndose a la capacidad de reproducción del discurso al servicio de la utilización del pasado. Ampliando la relación entre utilización y fines, indica que “Mayor interés reviste desde nuestro punto de vista el empleo de materiales antiguos para la elaboración de tradiciones inventadas de tipo novel para fines noveles”.

Las múltiples memorias que se conjugan a la hora de elaborar una visión del pasado entran en tensión. Como señala Prats, no “activa” el pasado quien quiere, sino quien tiene los medios para hacerlo. Pero depende del nivel de consenso creado en torno a la versión predominante su subsistencia. Al respecto, Montserrat Iniesta (2009) destaca el carácter histórico de la memoria, y las permanentes fluctuaciones en su conformación en el contexto de la globalización, lo que requiere nuevas coordenadas de ubicación para la construcción de lazos entre la memoria y la historia “Precisamos espacios, lenguajes y técnicas de mediación apropiados para poder ubicarnos entre la memoria y la historia, para aprender a hilvanar la información disponible con los vestigios del pasado, y a tejer con todo ello armazones de conocimiento que nos ayuden a pensar, habitar y orientarnos en el presente”.

Las formas en que esos lazos se entretrejan estarán siempre mediadas y condicionadas por las tensiones existentes en torno a la lucha por la conformación de las identidades y la preeminencia de un relato acerca del pasado por sobre los demás.

Conclusiones

Las relaciones entre patrimonio y memoria han sido complejas desde los inicios del proceso de creación de los estados nacionales, y esta característica se ha visto exacerbada en el contexto de la globalización.

En un principio, ambos conceptos fueron los pilares fundamentales para la construcción de las identidades nacionales durante el siglo XIX.

A partir de mediados del siglo XX asistimos a una resignificación de la idea misma del Estado – Nación. Los procesos de desterritorialización y el fenómeno de la reterritorialización que vuelve a poner como referencia lo local –“glocal”- en la era posnacional, obligan a repensar la validez y actualidad de estas categorías, a más de una década de iniciado el siglo XXI.

Con la multiplicidad de identidades que puede poseer un individuo contemporáneo, de acuerdo a los grupos a los que se halle adscripto, o aquellos de los que forme parte por su contexto de nacimiento y socialización, se han multiplicado también los reclamos y las reivindicaciones de distintas memorias colectivas y sus respectivas versiones.

Una de las memorias más oprimidas en América Latina ha sido y es la memoria aborigen. Negada, silenciada y olvidada por los poderes políticos y económicos, ha logrado abrirse paso, aunque no sin dificultades todavía pendientes. El reconocimiento en toda su especificidad dista aún mucho de ser pleno, no sólo en cuanto a la preservación de su memoria y el resguardo de su patrimonio, sino fundamentalmente a la garantía de condiciones de vida elementales.

Las memorias de la historia reciente en Argentina también han logrado instalarse en el seno de la discusión de la sociedad, especialmente en la última década por el impulso dado desde el Estado. La construcción del relato sobre los años ´70 viene modificándose desde el retorno mismo de la democracia. La tarea no es sencilla, y está llena de intereses encontrados, no sólo entre quienes defienden y reivindican el accionar de los grupos militantes de ese período histórico y quienes lo condenan, sino también dentro de las mismas agrupaciones que han asumido la representación de esa memoria. Un caso ejemplificador es la resignificación de la ex Escuela de Mecánica de la Armada como museo, y la diferenciación en la apropiación y uso del espacio dentro del mismo predio. Como desprendimiento de ello, puede interpretarse la polémica que despertó la realización de un “asado” en el lugar a fines de 2012, y la lectura divergente que cada uno de los sectores que representan esas memorias realizó al respecto.

De la misma época procede el problema de la memoria y su patrimonialización en relación a los ex combatientes de Malvinas (Gillis, 1994)¹. Se cuenta con un feriado

¹ Gillis, John (1994) “Memory and identity, the history of a relationship”, en John Gillis (Edit) *Commemorations. The politics of national identity*. Princeton University Press. Traducción de Natalie Abad de Ruhr. En este trabajo el autor comenta cómo en la “fase nacional” de conmemoraciones, en el caso de los Estados Unidos, se rescató la imagen de los caídos en las guerras a través de la creación de cementerios militares, donde ya no se recordaba sólo a quienes detentaban una jerarquía dentro del ejército, sino a todos los que habían formado parte del conflicto. Una muestra de ellos es la proliferación de tumbas de soldados

conmemorativo, pero de algún modo representan un recuerdo problemático, que despierta sentimientos encontrados, particularmente por la deuda social que aún se mantiene con los sobrevivientes.

Multiplicidad de memorias y multiplicidad de luchas por la patrimonialización. Funes, el personaje de Borges, admitió que era inútil conservar la memoria absoluta, la evocación de cada detalle. Es por esta imposibilidad de totalidad, de representación igualitaria en el poder –más allá de los intentos- que aún continúan las pugnas sobre qué es necesario recordar, por qué es necesario y cómo se debe hacerlo.

Bibliografía

ARÓSTEGUI, J. (2004) Retos de la memoria y trabajos de la historia, en pasado y memoria. Revista de historia contemporánea. Universidad de Alicante.

BELLI, E., SLAVITSKY, R. (2005) Patrimonio en el Noroeste argentino. Otras historias.

Instituto Interdisciplinario Tilcara. UBACYT. FFyL. Universidad de Buenos Aires.

CANDAU, J. (2002) Antropología de la memoria. Edit. Nueva Visión. Buenos Aires.

ENDERE, M. L. (2009) Algunas reflexiones acerca del Patrimonio. En: Patrimonio, Ciencia y Comunidad. Un abordaje preliminar en los Partidos de Azul, Tandil y Olavarría, editado por M. Endere y J. Prado. UNICEN y Municipalidad de Olavarría.

desconocidos, que permitían evocar el recuerdo, son recordar a nadie en particular, volviendo la ceremonia más impersonal. Más tarde, el culto a los caídos dio paso a la revalorización de la figura de los veteranos: “Sería alcanzada la promesa de una tierra para los héroes. El hecho de que los soldados que retornaban pudieran realmente encontrar un lugar en el presente redujo considerablemente la presión de recordarlos. Los desfiles reemplazaron los peregrinajes a los cementerios como la típica actividad de día de la conmemoración”.

GARCÍA CANCLINI, N. (1999) “Los usos sociales del patrimonio”, en Aguilar Criado, Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.

GILLIS, J. (1994) “Memory and identity, the history of a relationship”, en John Gillis (Edit) Commemorations. The politics o national identity. Princeton University Press. Traducción de Natalie Abad de Ruhr.

HARTOG, F. (2007) Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo.

Universidad Iberoamericana. México. Capítulo 5: Patrimonio y presente.

HOSBSBAWM, E. “Introducción: la invención de la tradición”. En Hobsbawm E. y Ranger, T (Comp.) La invención de la tradición, Barcelona, Crítica, 2002.

INIESTA, M. (2009) “Patrimonio, Ágora, Ciudadanía. Lugares para renegociar memorias productivas”. En Ricard Vinyes (Ed.) El Estado y la Memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia, Buenos Aires - Barcelona, del Nuevo Extremo, RBA.

JELIN, E. (2001), Los trabajos de la memoria. Siglo XXI editores, España.

LIMÓN DELGADO, A. (1999) “Patrimonio ¿De quién?”, en Aguilar Criado, Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.

PRATS, L. (2004) “El patrimonio como construcción social”. En Antropología y Patrimonio, Ariel, Barcelona.